

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Lituania y Cataluña

Para llegar a Lietuvo, Lituania en lituano, saliendo de Tallin, en Estonia, hay que cruzar Letonia por una carretera paralela al mar Báltico, y en Lié-pata apartarse hacia el interior, hacia el sureste, cruzar la frontera y hacer noche en Mazhélkial. La capital está lejos siguiendo hacia el sureste: se llama Vilnius, Wilnius en ruso, Wilno en polaco, Wilna en alemán, y en castellano, Vilna, situada cerca de la frontera con Bielorrusia.

En el mes de julio, los campos están ya segados: trigo, cebada y centeno. Son visibles las plantaciones de remolacha azucarera, y también las centrales de refinado. Salvo granjas avícolas, y otras de ganado vacuno y de cerda, no se percibe industria alguna.

Bien, Lituania tiene una extensión territorial que es algo mayor que el doble de la de Cataluña, o sea 65.000 km² contra los 31.000 km² nuestros. Las primeras noticias de los habitantes de Lituania fueron de las tribus protobálticas, que se instalaron en el territorio antes que los eslavos. Muy pronto se agruparon, tanto para atacar las ciudades bielorrusas como para defenderse de los prusianos teutónicos.

Un caudillo, Mindaugas, unificó Lietuvo o Lituania en el siglo XIII, y sus sucesores, aprovechando el debilitamiento de los principados rusos, conquistaron y se anexionaron toda Bielorrusia. En el siguiente siglo, Guedimin, el fundador de Vilnius, se hizo reconocer rey de los lituanos y de los rutenos o ucranianos subcarpáticos, hoy integrados en Checoslovaquia. Él y sus descendientes pelearon contra los polacos, los tártaros y los príncipes moscovitas. Un nieto de Guedimin, el rey Jagellón, se casó con la heredera del trono de Polonia, y él y su estirpe unieron así los reinos lituano y polaco, unión que duró más de cuatro siglos. Por influencia polaca, toda Lituania se convirtió al catolicismo.

Pasear por Vilnius sosiega el espíritu: es como hacerlo por Valladolid, ciudades ambas que en habitantes y en cierto aspecto de su centro histórico, tienen algo en común. La unión entre lituanos y polacos se estableció en base a una absoluta igualdad entre ambos estados, y el poder de la Iglesia católica era, en ambos pueblos, absoluta, aplastante: una señal de identidad frente a los ortodoxos rusos y a los protestantes alemanes. Witold fue sustituido por su hermano Segismundo en 1430, que murió asesinado diez años más tarde. Los lituanos eligieron entonces al segundo hijo de Jagellón, Casimiro, que fue rey de Polonia desde 1445. La expansión de Lituania y Polonia fue enorme: sólo la fortaleza turca detuvo la progresión lituana hacia el mar Negro. Pero Lituania estaba agotada, y se puso al servicio de los intereses polacos. Los zares mos-

covitas Iván III y Basilio III se aprovecharon del debilitamiento lituano para separar a los principados y a las ciudades bielorrusas de su sometimiento o clientela lituana. En la segunda mitad del siglo XVI, Lituania sufrió los embates de suecos y moscovitas y la ayuda polaca fue otra vez decisiva para los lituanos y para su libertad: en el tratado de Lublin, en 1569, Lituania aceptó que su unión con Polonia fuese "perpetua", pero lo pagó muy caro: a partir de entonces sólo existieron, para ambos estados, un Senado y una Dieta, y ambas instituciones estaban situadas en Varsovia. El centralismo político-religioso de Polonia pasó otra vez su rodillo nacionalista. Los aristócratas y las clases dirigentes lituanas se polonizaron y olvidaron su nacionalismo para abrazar

lacos y de los lituanos polonizados. Realmente, no hay nacionalismo bueno, sino nacionalismo derrotado o nacionalismo imperialista, y un mismo país suele pasar de una a otra situación sin conocer el rubor. Fue el nacionalismo imperialista ruso el que propició un nacionalismo lituano, ya curado de su sometimiento al nacionalismo polaco.

Durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes invadieron Lituania y para llevar el agua nacionalista lituana a su molino, promovieron la reunión de una Asamblea Nacional Lituana, que proclamó la independencia del país: y los ingenuos jirientes nacionalistas lituanos (y eso de ingenuos es un decir, pues no hay político nacionalista ingenuo en parte alguna de la Tierra, y sí gentes que se aprovecharon, se aprovechan e intentarán seguir aprovechándose, del sentimiento nacional de los pueblos, para mantenerse ellos en los puestos de privilegio), y los nacionalistas lituanos, decía agradecidos y contentos, ofrecieron la corona de su país a un príncipe alemán. Pero este idilio duró pocos meses: el derrumbamiento del imperio alemán hizo que los líderes nacionalistas lituanos dieran un giro de ciento ochenta grados: convirtieron el reino de Lituania en una república. Los recién nacidos rusos soviéticos reconocieron la nueva república, y le devolvieron su capital, Vilnius: esto ocurría en 1920.

El nacionalista Smetana, presidente de la República Lituana, juró una Constitución de apariencia democrática. Pero el presidente Smetana cayó en error parecido al que comió en España Alfonso XIII al bendecir la dictadura de Primo de Rivera: favoreció el levantamiento del profesor Valdemaras, una especie de nacional-populista. Valdemaras mangoneó lo que pudo entre 1926 y 1929, año este último en el que Smetana le descabalgó.

Smetana, con el apoyo de la derecha liberal, aguantó en la presidencia hasta la Segunda Guerra Mundial. En 1939, cuando los alemanes ocuparon gran parte de Polonia, Lituania cayó en la esfera de influencia soviética: en 1939 los soviéticos devolvieron por segunda vez a los lituanos su capital, Vilnius, que los

polacos les habían vuelto a arrebatado, a cambio de la concesión de bases militares; pero en julio de 1940, el Ejército Rojo ocupó la totalidad del país, que se convirtió primero en una república soviética independiente, pero que después pasó a formar parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Señores Jordi Pujol y Miquel Roca: Lituania y Cataluña se parecen como un huevo a una castaña, salvo en la tradicional traición de sus clases dirigentes a sus respectivos pueblos llanos. Sólo el acendrado catolicismo de ustedes les hace coincidir con desafortunadas declaraciones del polaco Juan Pablo II. Y usted, señor Anguita, sosiéguese: el apoyo sentimental a Lituania no encenderá ánimos independentistas en Cataluña. Soy catalán y conozco a mis compatriotas. Calma, pues. ●



ASTROMUJOFF

el nacionalismo triunfante polaco: actuaron como, entre nosotros, gran parte de la burguesía catalana durante y después de la guerra civil, que se instaló con Franco en Burgos, y que, terminada la contienda, ofreció su industria y su capacidad comercial al servicio del dictador, y que impuso el castellano hasta en sus familias; situación harto esquizofrénica para sus hijos, obligados a expresarse en un castellano con acento de Castellterçol para dirigirse a sus padres, pero a los que oían hablar, entre ellos y por separado, en un catalán del Eixample que habría fulminado a Pompeu Fabra.

Voy a acelerar un poco: el siglo XVIII la Rusia zarista se apoderó de Lietuvo o Lituania, y el zar Nicolás I intentó rusificar el polonizado país, y confiscó los dominios de los nobles po-